

quieres? Palabras que se cruzaron en el aire con estas otras:

—¿A dónde vas?

—A hacer una barricada,—respondió Courfeyrac.

—Pues bien: este sitio es magnífico: hazla aquí.

—Es verdad, Aguila de los Males (1),—dijo Courfeyrac.

Y á una señal suya todo el grupo se precipitó en la calle de la Chanvrerie.

(1) *Aigle de Meaux* y *Aigle des Maux* se pronuncian lo mismo en francés.

III

LA NOCHE EMPIEZA Á DOMINAR Á GRANTAIRE

El sitio estaba, en efecto, admirablemente indicado: la entrada de la calle ancha, el fondo estrecho y en forma de callejón sin salida: Corinto figurando un embudo; la calle Mondétour fácil de cerrar á derecha é izquierda, no siendo posible ningún ataque sino por la calle de San Dionisio, es decir, de frente y al descubierto. Bossuet, borracho, había tenido el golpe de vista de Aníbal en ayunas.

Al hacer su irrupción el grupo, se había apoderado el espanto de toda la calle; todos los transeuntes se eclipsaron, y en un abrir y cerrar de ojos, por todas partes, á derecha é izquierda, las tiendas, los establecimientos, las puertas, las ventanas, las persianas, las buhardillas, los postigos de todas dimensiones se cerraron, desde el piso bajo hasta el tejado. Una vieja, llena de miedo, colgó un colchón delante de su ventana en una cuerda que servía para poner á secar la ropa, con objeto de amortiguar el efecto de la fusilería. La taberna únicamente permanecía abierta, y esto sólo por razón de que allí se había instalado el grupo.—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—decía suspirando la tía Hucheloup.

Bossuet había bajado á recibir á Courfeyrac.

Joly se había asomado á la ventana y gritaba:

—Courfeyrac, ¿por qué no has cogido un paraguas? Te vas á constipar.

Mientras tanto, en pocos minutos habían sido arrancadas veinte barras de hierro de las rejas de la fachada de la taberna, y habían sido desempedradas diez toesas de la calle; Gavroche y Bahorel habían cogido al pasar y derribado un carro de un fabricante de cales, llamado Anceau, el cual contenía tres toneles llenos de cal, que fueron colocados sobre pilas de adoquines; Enjolras había levantado la trampa de la cueva, y todos los toneles vacíos de la viuda Hucheloup habían ido á formarse con los de cal; Feuilly, con sus dedos acostumbrados á iluminar delicados paisajes de abanicos, había reforzado los toneles y el carro con dos macizas pilas de guijarros; guijarros improvisados como todos los demás y cogidos sin saber dónde. Habíanse arrancado también unos puntales de la fachada de una casa próxima y se habían echado sobre los toneles. Cuando Bossuet y Courfeyrac se volvieron, la mitad de la calle estaba ya cerrada por una muralla más alta que un hombre. No hay nada como la mano popular para construir todo lo que se construye demoliendo.

Matelote y Gibelote se habían mezclado con los trabajadores; Gibelote iba y venía cargada de maderos; su laxitud se empleaba en la barricada y servía adoquines como hubiera servido vino: adormecida.

Un ómnibus que llevaba dos caballos blancos pasó por el extremo de la calle.

Bossuet saltó por cima de los materiales, corrió, detuvo al cochero, hizo bajar á los viajeros, dió la mano «á las señoras», despidió al conductor y volvió, trayéndose el coche y los caballos de la brida.

—Los ómnibus,—dijo,—no pasan por delante de Corinto. *Non licet omnibus adire Corynthum.*

Un instante después los caballos desenganchados se iban al acaso por la calle de Mondétour y el ómnibus volcado completaba la barricada.

La tía Hucheloup, trastornada, se había refugiado en el primer piso.

Tenía la mirada vaga; miraba sin ver, hablando por lo bajo. Sus gritos asustados no se atrevían á salir de la garganta.

—Este es el fin del mundo,—murmuraba.

Joly daba un beso en el grueso cuello rojo y arrugado de la tía Hucheloup, y decía á Grantaire:—Querido, siempre he considerado el cuello de una mujer como una cosa infinitamente delicada.

Pero Grantaire había llegado á la más alta región del ditirambo. Matelote había subido al primer piso. Grantaire la había cogido por el talle, y daba en la ventana grandes carcajadas.

—¡Matelote es fea!—gritaba.—Matelote es el sueño de la fealdad. Matelote es una quimera. Voy á descubrir el secreto de su nacimiento. Un Pigmalión godó que hacía mascarones de catedrales, se enamoró un día de uno de ellos, del más horrible; suplicó al amor que le animase, y resultó Matelote. ¡Miradla, ciudadanos! Tiene los cabellos de color de cromato de plomo, como la querida del Ticiano; es una buena muchacha. Os aseguro que peleará bien; en toda buena muchacha hay un héroe. En cuanto á la tía Hucheloup es una valiente vieja. ¡Mirad qué bigotes tiene! Los ha heredado de su marido. ¡Es una húsar! ¡Bah! ¡Peleará también! Dos como ella aterrían la comarca. ¡Compañeros! Derribaremos el gobierno; tan cierto como que hay quince ácidos intermedios entre el ácido margárico y el ácido fórmico; por lo demás, á mí lo mismo me da. Caballeros, mi padre me ha odiado siempre, porque yo no podía comprender las matemáticas; yo no comprendo más

que el amor y la libertad: soy Grantaire, el buen muchacho. Como nunca he tenido dinero, no tengo hábito de tenerle, lo cual es causa de que nunca me haya hecho falta; pero si hubiera sido rico, no habría habido pobres. ¡Ya hubiérais visto! ¡Oh! ¡Si los buenos corazones tuviesen grandes bolsillos! Entonces todo iría mejor. ¡Me imagino á Jesucristo con la fortuna de Rothschild! ¡Cuánto bien haría! Matelote, ¡abrázame! Eres voluptuosa y tímida. Tienes unas mejillas que solicitan el beso de una hermana y labios que reclaman el beso de un amante.

—¡Cállate, tonel!—dijo Courfeyrac.

Grantaire respondió:

—Soy capitular y maestro de juegos florales.

Enjolras, que estaba de pie encima de la barricada con el fusil en la mano, levantó su hermoso y austero rostro. Enjolras, como ya sabemos, tenía algo del espartano y del puritano. Hubiera muerto en las Termópilas con Leonidas; hubiera quemado á Drogheda con Cromwell.

—¡Grantaire!—exclamó;—vete á dormir la mona fuera de aquí. Este es el lugar de la embriaguez del entusiasmo, no de la embriaguez del vino. ¡No deshonres la barricada!

Estas palabras irritadas produjeron en Grantaire un efecto singular, como si le hubiesen arrojado un vaso de agua fría al rostro. Pareció que había vuelto en sí. Se sentó, apoyó los codos en la mesa cerca de la ventana, miró á Enjolras con indecible dulzura y le dijo:

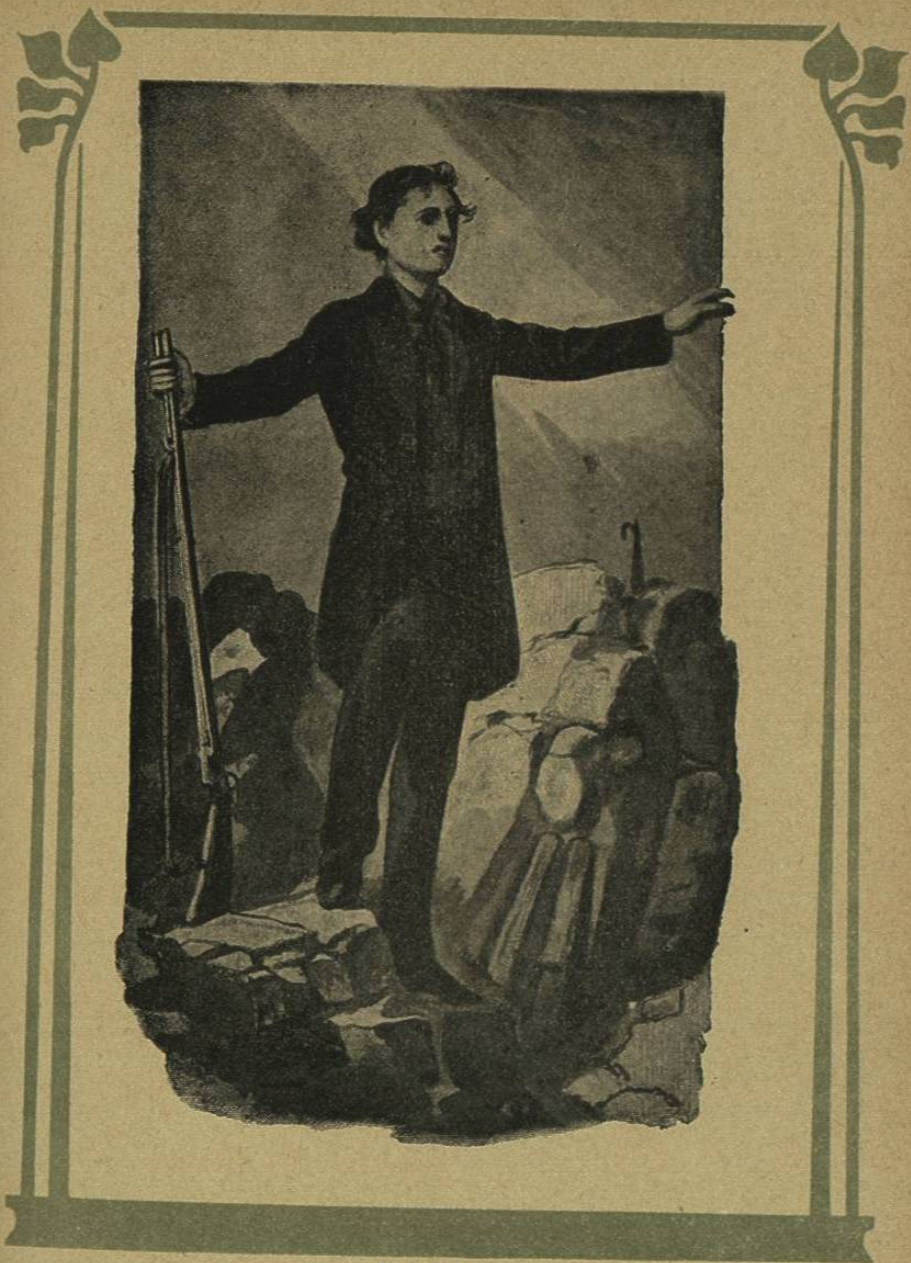
—Déjame dormir aquí.

—Vete á dormir á otra parte.

Pero Grantaire, fijando de nuevo en él sus ojos tiernos y turbados, respondió:

—Déjame dormir aquí hasta que aquí muera.

Enjolras le miró con desprecio, y le dijo:



Enjolras

—Grantaire, eres incapaz de creer, de pensar, de querer, de vivir y de morir.

Grantaire replicó con voz grave:

—Ya verás.

Murmuró aún algunas palabras ininteligibles, dejó caer su cabeza pesadamente sobre la mesa, y por un efecto bastante habitual del segundo período de la embriaguez en que Enjolras le había precipitado rudamente, se quedó dormido un momento después.